

Miguel Ángel Ladero Quesada (2020): *Espacios y viajes. El mundo exterior de los europeos en la edad media*. Madrid: Dykinson. 372 pp. ISBN: 9788413771267, 8413771269.

El libro *Espacios y viajes. El mundo exterior de los europeos en la edad media*, publicado en el año 2020 por el Dr. Miguel Ángel Ladero Quesada, es una excelente obra de síntesis de la concepción del mundo y del imaginario popular en los siglos medievales. Organizado en cinco capítulos, el trabajo aborda temas como la concepción del universo; las *mirabilia* medievales y dónde encontrarlas; un amplio estudio sobre mapas y cartografía; una descripción de los diferentes tipos de viajes y viajeros medievales; y, por último, la concepción espiritual del viaje y el imaginario del «más allá».

No obstante, la riqueza del estudio no solo radica en la calidad y claridad con las que el Dr. Ladero Quesada expone su investigación, sino que, además, el trabajo se acompaña de un apéndice documental amplio y variado que permite al lector recurrir a fragmentos de las fuentes; unas fuentes tan interesantes y diversas que van desde el *Libro de las maravillas del mundo* de Juan de Mandeville; diversos Bestiarios; el *De natura locorum* de Robert Grosseteste; o, simplemente, fragmentos que narran expediciones a diferentes partes del mundo; entre muchos otros documentos. De esta manera, el lector puede complementar fácilmente su conocimiento sobre el tema acudiendo a este compendio documental seleccionado y utilizado por el autor. Es por ello por lo que, en la explicación de cada tema, me permitirá la licencia en esta reseña de incluir algunas líneas de los textos que más me han interesado en la lectura de este trabajo.

La organización interna del estudio se mantiene en los cinco capítulos de los que consta el mismo. El autor logra hacer un recorrido cronológico de todos los conceptos y problemas que presenta el imaginario medieval y, al final, el lector puede comprender la evolución del pensamiento, el imaginario y la realidad de las gentes medievales desde los siglos v-vi hasta, incluso, los siglos modernos. El orden utilizado por el autor a la hora de desarrollar los diferentes temas que aborda en este estudio es, en sí mismo, un orden que facilita el propio *viaje* intelectual que realiza el lector a través del imaginario medieval.

El primer capítulo, que tiene como objeto de estudio *El Universo y la Tierra*, se centra en la concepción sacralizada de la Naturaleza y del Universo. En las 25 páginas que componen este capítulo introductorio, el autor expone esta concepción religiosa del mundo. Con un despliegue de erudición y un nivel intelectual tan elevado como es de esperar en todos sus trabajos, logra hacer comprensiva la concepción simbólico-teológica de la luz de las esferas del universo que, unida a la lectura del *Génesis* (pp. 25-26), configura la visión del mundo como obra sagrada de Dios. Este pensamiento se mantuvo desde los primeros siglos del medievo hasta los siglos modernos y la percepción del mundo era la de una obra perfecta de Dios. Así, como decía San Isidoro en sus *Etimologías* y como recoge el autor, los medievales creían que «con nuestros ojos carnales no podemos ver nada más bello que el mundo» (p. 27). Fray Gonzalo de Arredondo escribía hacia 1460 en su *Libro primero. De la creación de todas las cosas que Dios crió* cómo el mundo «contiene diez cielos, los cuales crió Dios in principio, e el más alto circulo es el cielo inpireo, donde reynaba el sumo bien» (p. 313). En todo el texto, así como en los demás ejemplos y casos que explica el autor, encontramos unas clarísimas reminiscencias a la *Physica* aristotélica que, a partir del siglo XIII, se fusionó con la concepción cristiana del mundo.

El autor también reflexiona sobre el propio concepto de *geografía*, debido a que este no es un término que encontremos en los textos medievales. Sin embargo, encontramos otros términos como *cosmographia* o *imago mundi* (p. 27), además de una extensa producción cartográfica tanto terrestre como naval que nos ha llegado hasta la actualidad. El autor dedica el tercer capítulo de su estudio a describir esta evolución de la cartografía medieval, cuyos avances despuntaron desde el siglo XIII en adelante, en paralelo a los avances en el conocimiento del mundo. Mención especial merece el papel que tuvo la recepción de la *Geografía* de Ptolomeo (p. 117), que transformó los mapamundis que había hasta el momento y proporcionó una imagen más realista del mundo que tuvo una gran repercusión en la sociedad. A finales de la Edad Media nos encontramos un gran fenómeno de difusión de la obra de Ptolomeo que incluía representaciones cartográficas. El monopolio de la producción cartográfica podemos decir que quedó en manos de los italianos, ya que los mapamundis del siglo XV son en su gran mayoría procedentes de Italia (pp. 119-121). Al igual que el resto de los capítulos aparecen acompañados de una colección documental, en este caso, nos encontramos una recopilación de veintiséis mapamundis, tanto terrestres como marítimos, que ayudan a visualizar la evolución cartográfica medieval.

La evolución de los conocimientos geográficos y cartográficos es evidente. A pesar de ello, el autor nos advierte de cómo se mantuvieron las concepciones imaginarias y maravillosas del mundo, que podremos encontrar en todos los mapas medievales. Es por este motivo por lo que merece la pena detenerse en el análisis que aborda el autor en el segundo capítulo: las *Maravillas del Mundo*. Este capítulo y el cuarto, dedicado a los

viajes y viajeros, son, desde mi punto de vista, los protagonistas del libro, dedicándole el autor 55 y 73 páginas de desarrollo, respectivamente. La atracción hacia elementos maravillosos es algo que está presente en el ser humano desde los orígenes, como decía Juan de Mandeville «muchos toman placer y solaz en oír hablar de las cosas extrañas» (p. 45). El hombre medieval concebía lo maravilloso como algo no explicado y, en este sentido, las maravillas y los viajes se fusionan de manera natural, pues la aventura hacia el mundo desconocido es inmanente a la condición humana.

A medida que fueron aumentando los viajes y las exploraciones, lo hizo también el conocimiento sobre el mundo y, gracias a ello, los hombres medievales arrojaron luz sobre algunas de las *mirabilia* del mundo. Por centrarnos en dos ejemplos que se tratan en la obra, tenemos el caso de las Antípodas y del Edén. En las Antípodas, nos encontramos ante la negación de su existencia por parte de los autores cristianos, porque no encajaba con el orden del mundo establecido por el mensaje bíblico. A finales del siglo XIV, gracias a los relatos de viajeros y comerciantes musulmanes, así como los relatos de los viajeros portugueses que exploraban el Atlántico, empezamos a ver una mayor cautela a la hora de negar rotundamente la existencia de una sociedad que habitase en el hemisferio Sur.

En el caso de la existencia del Edén, ocurrió totalmente al contrario. Descubrir el Edén era fundamental para los medievales porque suponía aportar la prueba irrefutable del mensaje bíblico. Existió la tendencia a relacionar el Edén con las Islas de los Bienaventurados o Islas Afortunadas, aunque ya desde los siglos VII-VIII se desvincularon ambos lugares para algunos autores y se empezó a relacionar el Edén con Oriente. San Isidoro lo imaginaba en Asia y lo mismo sucede con Juan de Mandeville, que lo situaba más allá del reino del Preste Juan. Así lo decía también Cristóbal Colón, quien, al llegar a América, se pensaba que había llegado al Paraíso. Además, los medievales solían buscar «un vergel rodeado por un muro» (p. 50) y la tierra descubierta por Colón era un vergel que nadaba en abundancia. Colón, además, llegó a identificar el Orinoco con uno de los cuatro ríos que manaban del Edén hacia el resto de la tierra (p. 51). Otra serie de autores, como Dante, lo situaban en la montaña del purgatorio.

De un modo u otro, el Oriente siempre fue visto como una tierra «parcialmente mítica y cercana al paraíso terrenal» (p. 57) y era el lugar propicio para que lo extraordinario se convirtiera en realidad, pues en la mentalidad medieval lo maravilloso no era incompatible con lo real, sino que lo maravilloso era simplemente aquello desconocido. Los elementos maravillosos y extraordinarios eran concebidos en el extremo Este de los mapas para las gentes medievales. Es por todo esto por lo que me parece especialmente destacable el apartado que el Dr. Ladero Quesada dedica a las «Maravillas de Oriente», lugar donde habitaban *monstruos y prodigios* cuya existencia era tan natural como la de los seres humanos, debido a que, como afirmaba San Isidoro, formaban igualmente parte de la Creación. Este pensamiento está presente desde los inicios del cristianismo, como podemos ver en las obras de San Agustín, quien consideraba que no había monstruos fabulosos, sino que se trataba de seres humanos monstruosos (p. 60).

El autor establece una categorización de estos monstruos que existían en el imaginario medieval. En primer lugar tendríamos hombres salvajes y amazonas, que habitan tierras lejanas. En segundo lugar, animales híbridos, de los cuales el más temido era el dragón, pero existían muchísimos otros, como grifos alados o basiliscos. Pero, además, había otros seres que eran mitad animal, mitad humano, como las mantícoras, los cinocéfalos, los centauros, las sirenas, ... En tercer lugar, el autor considera que encontramos seres animales y vegetales, como el ave fénix, o árboles parlantes que incluso podían engendrar hombres y mujeres. En último lugar, el autor también expone la consideración que tenían los medievales de los fenómenos naturales prodigiosos como los volcanes, que eran concebidos como pozos al infierno. Debemos señalar que el autor le dedica más páginas a la explicación de cuatro aspectos en concreto: los hombres salvajes, las amazonas, las sirenas y Gog y Magog (pp. 71-76). De igual manera, un trabajo sobre las maravillas de Oriente no podía excluir temas recurrentes tales como el reino del Preste Juan o las leyendas de Alejandro Magno.

Expuesto todo este conocimiento que se tenía del mundo en los siglos medievales llegamos al capítulo cuarto, cuyo objetivo es mucho más ambicioso que el de los otros capítulos, como incluso afirma el autor (p. 151). Cabe destacar que es también el capítulo que más textos incluye en el apéndice documental. Esto es lógico, ya que fueron estos viajeros medievales los que contribuyeron a que el conocimiento sobre el mundo que los rodeaba evolucionase. En este capítulo, el autor se embarca de lleno en materia histórica —si es que podemos considerar que los demás son más filosóficos y literarios— para explicar el recorrido de las tres civilizaciones medievales: la bizantina, la musulmana y la occidental cristiana. Nos explica también el autor cómo Europa se cerró hacia el interior en los siglos altomedievales, teniendo que esperar hasta el siglo XII para encontrar los primeros deseos de viajar y conocer el mundo, algo que fue posible gracias al dominio europeo de las rutas marítimas del Mediterráneo. El Dr. Ladero Quesada nos habla de las embajadas, alianzas y misiones varias que tuvieron lugar desde Occidente hacia Oriente, haciendo también hincapié en la importancia que tuvo el comercio a la hora de realizar estas exploraciones y viajes.

He de destacar la interesante relación que establece el autor entre Juan de Mandeville y Colón, comparando lo que supusieron sus aportaciones al conocimiento geográfico de fines de la Edad Media. Mandeville en su obra incluía muchos elementos tradicionales del imaginario medieval, pero también proporcionó una imagen innovadora del mundo que, sin duda, fue leída por Colón entre muchos otros (pp. 193-195). Por supuesto, en

este análisis histórico de los viajes y viajeros, merece un lugar importante la peregrinación a Tierra Santa (pp. 200-206), así como otros temas igual de interesantes para quien trate de comprender las motivaciones de las gentes medievales a la hora de iniciar un viaje. Unas motivaciones que estuvieron siempre atadas a las posibilidades técnicas y políticas de cada momento (p. 222).

No obstante, el viaje más importante para un medieval y aquel que siempre les preocupaba más a las gentes corrientes, era el viaje al más allá, residencia de los muertos. El autor culmina su obra con este capítulo que expone tanto la visión del más allá —en sus tres realidades: purgatorio, infierno y cielo—, como la visión del viaje hacia ese «más allá» que existía en la Edad Media. El autor pone de manifiesto obras magnas que plasman esta problemática, como la *Divina Comedia*. Así, los medievales tenían muy presente la hora de rendir cuentas a Dios, tal y como se expone en la *Visión de Tundal*, donde se da una visión del purgatorio y del infierno que también podemos encontrar en Dante:

Ante tal sufrimiento, mi alma, horrorizada, preguntó al ángel: «señor, por Dios, ¿por qué acercarnos?, ¡vámonos de aquí!». «No podemos —respondió el ángel— tomar otro camino, es preciso pasar por aquí y nadie puede evitarlo salvo que sea perfecto y tenga en su corazón el alma de Nuestro Señor» [...] Los tormentos que allí pasó mi alma nadie podría narrarlos: sufrió frío, calor, mordedura de serpientes, de sapos, de culebras y otras bestias, y pensó que estaba para siempre condenada en el infierno hasta el momento en que sintió que estaba fuera (p. 343).

En conclusión, nos encontramos ante una obra magnífica si queremos una síntesis clara y ordenada del imaginario y los viajes medievales. El orden cronológico y el temático son perfectos para realizar una primera aproximación al tema tratado en el libro. Como sucede con las síntesis, no suele dedicar más de diez páginas a un tema concreto, por lo que el lector siempre queda ávido de conocimiento sobre los temas que más despierten su interés, a la par que tampoco resulta pesado ni tedioso leer aquellas partes que interesen menos. Además, y como ya he señalado, el Dr. Ladero Quesada tiene la habilidad de hacer fácilmente comprensibles todos los temas que plantea —que son muchos— a lo largo de estos cinco capítulos sobre la concepción del «mundo exterior de los europeos en la edad media».

Sonia Campos Cuadrado
Universidad Complutense de Madrid
scampo01@ucm.es